

¿Cuándo nació España?

Este es el  
presidente  
que nunca  
votaste

¿Dónde está el oro del Banco de España?



Sobre el 103

## Cruzando África

**Cuadernos****del Sur**

Boletín de la Asociación Española  
de Trabajadores Esperantistas (HALE).

Calle Jabonerías, 6.3° D

30010 Murcia

Hispanio

**Contenido**

ISSN 1697-6460

Redacción: cien cuadernos.....3

El Congreso Universal 103.....4

La Feria del libro.....7

Cruzando África.....8

Imperiofobia.....10

El oro de Moscú.....13

El Señor Presidente.....14

El pecado del talibán. c8.....19

El Faraón, c. 49ª.....24

Preside: Juan A. Cabezos.

Redacta: Jesús de las Heras.

Corrige: José Pina.

Se puede reproducir el contenido siempre y cuando se cite el origen.

De los artículos responden los autores de los mismos, no la redacción.

No mantenemos correspondencia sobre los artículos no solicitados, aunque intentaremos publicar todos los que nos envíen, siempre y cuando hallemos interesante su contenido y no maltraten a persona alguna.

Portada: Los fieles en Benín dan regalos a sus pastores en la catedral.

Nuestro compañero Pedro Ruiz viaja por África y nos envía fotos y

**Modo de pago:** afíliate a HALE por €10 anuales para recibir la versión en papel de nuestra revista.

**Cuenta** **ES30 2100 4617 4122 0011 5275.**

Apunta tu nombre y el año que pagas.

Luego envía esa nota a

**kajeroj@gmail.com**

También se puede proteger la revista por un donativo a la cuenta mencionada, si se desea ayudar sin recibir la versión en papel.

**El idioma Esperanto es gratuito. También lo son las herramientas con las que hacemos este boletín: Ubuntu, LibreOffice, Gimp, Scribus, Bluefish y gFTP.**

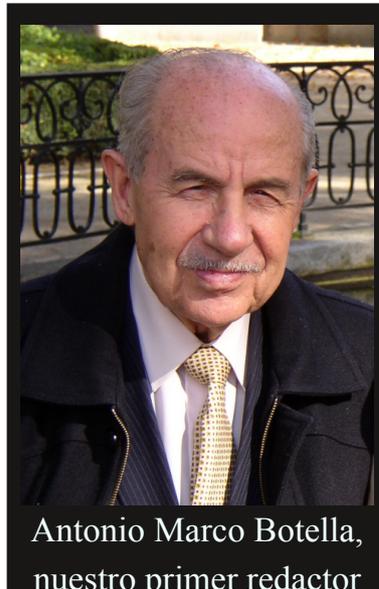


Redacción

## Cien cuadernos

El lector tiene en las manos el número 100 de *Cuadernos del Sur*. Sí, el camino ha sido largo y no siempre fue cómodo escribir y refinar los artículos que tú, lector, has leído a lo largo de estos años. Pero aquí estamos.

Quizá los fundadores de la revista, Antonio Marco Botella<sup>1</sup> y Miguel Fernández, no imaginaron nuestra larga vida, sobre todo porque hubo problemas en la asociación por motivos políticos que llevaron a casi todos nuestros camaradas a abandonar HALE, y si bien es cierto que nuestro boletín tiene miles de lectores, ello se debe a que se puede leer gratuitamente desde cualquier país del mundo. Sí, recordemos que somos trabajadores, pero **no necesariamente rojos**, o puede que ni siquiera de izquierdas. Puesto que nosotros, los trabajadores, tenemos derecho a tener la inclinación política que queramos, y aunque los de izquierdas no comprendan que se puede ser trabajador sin ser de los de ellos, se puede miembro de una asociación como esta nuestra, la Asociación Española de Trabajadores Esperantistas, siéndolo o sin serlo. Esperemos que la llegada de este número cien cambie la actitud de los esperantistas y de los trabajadores, y de nuevo nos juntemos amistosamente para trabajar en una asociación y un boletín



Antonio Marco Botella,  
nuestro primer redactor

que promueven la cultura.

Desde el momento en que tenía que haber aparecido este número han ocurrido cosas importantes en España y en otros lugares. En primer lugar tuvo lugar el Congreso Universal de Esperanto número 103 en Lisboa. Allí nos juntamos muchos viejos amigos, aunque otros no pudieron venir porque ya no están entre nosotros, por desgracia.

Otro asunto grave fue el acceso tramposo del perdedor de las últimas elecciones en España. Sobre ambos sucesos tratamos en nuestras páginas.

Además, tuvo lugar la Feria del Libro en Murcia tras varios años sin realizarse. Yo participé en la caseta del MCRC.

Desde el comienzo de nuestra segunda centena de nuestros cuadernos pretendemos que *Cuadernos del Sur* se vuelva una publicación más literata y culta, aunque la verdad es que en la literatura cabe todo campo del saber y pensamiento humanos, incluso lo social y lo político, que hasta ahora dieron forma a nuestros números. De hecho este debería haber salido en latín, pero aún me falta preparación para hacer eso, y por eso aparece en mis tres idiomas en lugar de la lengua más culta de la antigüedad.

Espero que aparezcamos puntualmente ante ti, y que comentes nuestro ~~trabajo, en que estás invitado a~~

<sup>1</sup>El color de las portadas de este número es homenaje a ellos.

## El Congreso Universal 103<sup>a</sup>: Lisboa antigua y señorial

Y llegó el día en que sucedió nuestro congreso número 103. ¡No está mal para aquello de que el Esperanto no progresa! En la capital atlántica, en que disfrutamos del tiempo y compañía cálidos de los amigos esperantistas que volvimos a ver, si bien es cierto que no a los que ya no están con nosotros. No obstante, el Esperanto progresa. Aunque ya conocía la ciudad, mis visitas anteriores siempre fueron cortas. Pero conozco de siempre la canción de Amalia Rodríguez, *Lisboa antiga*:

Lisboa, velha cidade,  
Cheia de encanto e beleza!  
Sempre a sorrir tão formosa,  
E no vestir sempre airosa  
O branco véu da saudade

¡Lisboa, vieja ciudad  
llena de encanto y belleza,  
Siempre sonriente tan bella  
y en el vestir airosa  
el blanco velo de tu nostalgia  
cubre tu rostro, linda  
princesa!



El 27 de julio un amigo esperantista me acompañó a la capital portuguesa y tras un largo peregrinar por la enorme terminal conseguimos un taxi, que nos llevó a un hotel bastante lujoso, pero relativamente barato. Al día siguiente aprendimos ausar el metro lisboeta, y llegamos al local del Congreso, la Facultad de Derecho. Nos equivocamos de sitio, pero no estábamos solos, porque el presidente de UEA también estaba allí, sentado en la escalera cuando llegamos, hasta que le llamaron por teléfono y se fue a otro sitio. Lo seguimos y enseguida llegamos a la recepción de congresistas, el lugar exacto en que nos iba a dejar el taxista hasta que vimos una gran bandera con la palabra **Esperanto**, y le dijimos que nos dejara en donde no era.

Por primera vez en mi vida se me olvidó la tarjeta de congresista en casa, y tuvieron que buscarme en la lista, pero antes de que pudieran encontrarme, pedí que buscaran el número siguiente al de mi acompañante, pues nos habíamos apuntado al mismo tiempo. Ya con mi identificación encima, comencé a ver a los amigos, y a lamentar la ausencia de los que ya no están. En el pasado reciente yo también he faltado, y posiblemente faltaré en el futuro, pero es un placer volver a encontrar a los amigos, que conste. De hecho, ese es el mejor aspecto de los congresos universales del Esperanto. A menudo se quejan algunos de que es una actividad comercial de la empresa UEA, pero al verdadero esperantista le da igual eso, comprendiendo que esa contribución nuestra es lo que da lugar a que se realice el evento más importante de nuestro idioma en todo el mundo, para que se vea que el Esperanto existe, y que nos aprovecha a todos nosotros; y además, que somos



Ante la sede principal del Congreso

protagonistas de este gran suceso en la historia de la humanidad, y por lo tanto del movimiento esperantista. Participemos si tenemos dinero, y no participemos si no lo tenemos, pero apoyemos estas iniciativa con sinceridad, y aprendamos sobre el mismo por medio de revistas como *Cuadernos del Sur*. Es evidente que participar cuesta dinero, pero ved que no hay sólo voluntarios que no cobran, sino que también hacen falta profesionales para que la cosa funcione bien. Y a estos hay que pagarles.

Un congreso universal es demasiado denso para contarlo con detalle, pero compartiré con vosotros mis impresiones personales de congresista sobre los actos en que participé. Como se sabe, a menudo ocurren varios a la

vez, hasta siete, he contado; por eso tuve que elegir según mis preferencias. De hecho sólo la *Feria Internacional* y las *Veladas Nacional e Internacional* tuvieron lugar en solitario, como actos independientes, para que todos pudiésemos asistir. En cuanto a la penúltima, la *Velada Nacional*, puedo decir que no fue la más brillante que presencié en mi vida como congresista. De hecho, me fui antes del final, por primera vez en mi vida. Demonios, ¿en Portugal no hay que ver otra cosa más que el fado? Pero al menos eso fue respetuoso con la audiencia. No puedo decir eso del concierto de un tal *Plátano*: me fui de la sala cuando oí canciones desagradables, como aquella en que él desea *Mierda para el Esperanto*. Se puede ser autocrítico sin perder el respeto a sí mismo y sobre todo a los que te están escuchando. En el otro extremo estuvo el concierto de Jomo, siempre tan respetuoso y amistoso, que nos invitó a subir al escenario para bailar con él y disfrutar del ambiente familiar y artístico invocados por sus maravillosas canciones e interpretación a la guitarra. Decenas de esperantistas aceptamos su invitación y acabamos llenos de sudor y felicidad a causa de ese momento tan mágico.



Jomo en concierto nos hace bailar

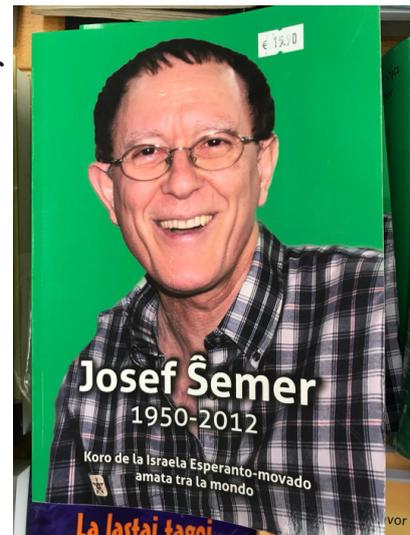


Miguel habla de sus libros y discos.

Desde hace varios congresos no formo parte del Coro Internacional, aunque comprendo que es todo un privilegio cantar en él; pero mi voz ha perdido fuerza con la edad, y también participar supone perder otros actos del CU, y siempre procuro asistir a todos los que puedo.

Como los que organiza el Servicio de Librería, en cuyo piso alto diversos autores presentaban sus libros y discos, como Miguel Bronstein en la foto de la izquierda. También nos dio un concierto, junto con *Sergio el Terrible* (que se sienta a su lado), y desde entonces los oigo en el disco compacto que les compré allí.

Mas aquella visita al Servicio de Libros no me salió gratis: allí recibí la noticia impactante de que mi casi amigo y compañero de debate Josef Šemer murió hace seis años, y yo sin enterarme. Sí, tenía que ser esa la causa por la que dejó de venir, el congresista constante... Paguémosle homenaje a él y a otros que conocimos en nuestros congresos, y que ya no van a venir más..., comprando el libro pleno de detalles reunidos con cuidado sobre nuestro compañero en este libro.



Es imposible contarlo todo, pero no quiero dejar de mencionar las reuniones temáticas, como esta de abajo, la de el Colectivo Internacional Comunista Esperantista, dirigida por Dieter Rook, o las de ATEO o MEL, en cuya compañía pasé ratos tan agradables, y, de vez en cuando, aporté alguna idea.



Interesante reunión de comunistas, dirigida por Dieter

## Brillante Feria del Libro en Murcia

Del 21 al 23 de septiembre tuvo lugar en Murcia la Feria del Libro, diez años después de la última. Esta fue la número 16, y los esperantistas no tuvieron caseta, pero colaboré con la Editorial MCRC. Es acrónimo de **M**ovimiento **C**iudadano para la **R**epública **C**onstitucional.

La relación de esta caseta, número 11, y de la feria misma, con el Esperanto, en realidad fui yo.

En la foto adjunta se nos ve al miembro del MCRC Germán Betea, y a mí mostrando una obra maestra de Antonio-García Trevijano Forté, *Teoría pura de la democracia*, que os aconsejo leer, y sobre la que presentaré una reseña en estas páginas en el número 101; y también una novela mía, *¡Viva la República!*, que ya habéis leído en estas páginas, en Esperanto, y en castellano en mi web (<http://www.obracompleta.com>).



Ese autor, muerto el último 28 de febrero, defiende en sus obras que en España, y también en el resto de Europa, no hay democracia, pero puede haberla si se hace adoptar una constitución verdaderamente democrática. De sus libros tomé las ideas que defiende en mis artículos políticos aquí, porque son muy lógicas.

Los viandantes preguntaron con interés sobre nuestros libros, curiosos por el cartel que pusimos con una cita de Platón: *El precio de desentenderse de la política es ser gobernados por los peores hombres*. Y nuestras cuatro preguntas: 1 *¿Por qué tenemos un presidente que no hemos elegido?* 2 *¿Cuál es el origen de la corrupción?* 3 *¿Cómo se llama tu representante político?* y 4 *¿Qué es la libertad colectiva?* Y en el centro la pregunta principal: **¿Tienes respuesta a estas preguntas?**

## Introducción.

*El camarada Pedro Ruiz viaja por África. Nos envía interesantes fotos y comentarios sobre ese continente maravilloso. Pero dejémosle que nos lo cuente él mismo:*

## La misa.

Hoy he ido a misa a la catedral católica de Parakou. Los asistentes vestían lo mejor que podían. Los concelebrantes eran 13 y hablaban alternativamente en francés e inglés porque había muchos anglófonos procedentes de Nigeria. El sermón, dado por el sacerdote principal, un *showman* que se movía por todo el presbiterio e incluso los pasillos enardeciendo a la muchedumbre, que respondía con histeria a sus preguntas, cuya respuesta él ya había adelantado. Cito algunas de sus palabras: *Sé que habéis venido con más de 1000 francos en el bolsillo, pero suponiendo que sólo tengáis 1000, ¿cuánto vais a dar a Dios? ¿100? ¿200? ¿500?* Entonces todos los niños colocados en los primeros bancos han dicho: *500*. Rápidamente el cura ha invitado a dar, como mínimo, 500, tal y como los niños habían dicho. Había una orquesta y una coral que hacían canciones que todos sabían y cantaban. Han puesto como dos pupitres delante del altar y muchos han desfilado por el pasillo central hasta llegar a los pupitres y depositar dinero ostentosamente. Después han subastado un vaso con agua mineral. La orquesta con música y redoble de percusión animaba a pujar. Cada persona que añadía dinero a la puja pasaba por el pasillo con el billete en la mano y en alto, mientras los espectadores enfebrecidos aplaudían. Han llegado a la cifra de 259.725 francos CFA. Después el sumo sacerdote ha llamado a los tres notables que más dinero habían dado y les ha ofrecido beber un sorbo del vaso de agua mineral. El resto de agua de la botella de agua mineral la ha vertido en dos cubos y dos sacerdotes con dos escobillas han recorrido los pasillos rociando a todos los presentes. Después la cofradía de padres



ostentosamente. Después han subastado un vaso con agua mineral. La orquesta con música y redoble de percusión animaba a pujar. Cada persona que añadía dinero a la puja pasaba por el pasillo con el billete en la mano y en alto, mientras los espectadores enfebrecidos aplaudían. Han llegado a la cifra de 259.725 francos CFA. Después el sumo sacerdote ha llamado a los tres notables que más dinero habían dado y les ha ofrecido beber un sorbo del vaso de agua mineral. El resto de agua de la botella de agua mineral la ha vertido en dos cubos y dos sacerdotes con dos escobillas han recorrido los pasillos rociando a todos los presentes. Después la cofradía de padres

San José ha recorrido el pasillo central hasta el altar llevando gallinas, comida, bebida y objetos. Ha hecho lo mismo la cofradía de las mujeres, diversas familias o grupos. En ese momento he visto a una sacando un móvil y, contraviniendo la prohibición de usarlo en la catedral, me atreví a sacarel mío y hacer fotos. Después de terminar la misa, todos han salido al patio del recinto de la catedral y han hecho una fiesta con música, comida y bebida. También han hecho una tómbola con todas las ofrendas.



## TOGO



Llego a la frontera con Togo. El cartel de África es la única foto que me permitieron tomar en la frontera. Los policías de Togo me dijeron que mi visado multientradas emitido por Benín para entrar en Benín y Togo no era válido en Togo y me obligaron a pagar otro visado. Un togolés presente me dijo: *ese dinero que usted ha dado no va al Estado, sino que los policías se lo quedan y se lo reparten*. También presencié que algunos transeúntes no tenían ni carnet de identidad, pero daban dinero a la policía y esta los dejaba pasar la frontera. Los taxistas de taxi colectivo pasaban sin hacer ningún trámite y llegaban hasta el primer pueblo togolés, en donde *revendían* a sus pasajeros a otros taxistas togoleses, quienes llevaban a su destino a los pasajeros que habían contratado destino con los taxistas benineses.

*Continuará*

## Recibamos sin complejos la herencia de nuestros antepasados:

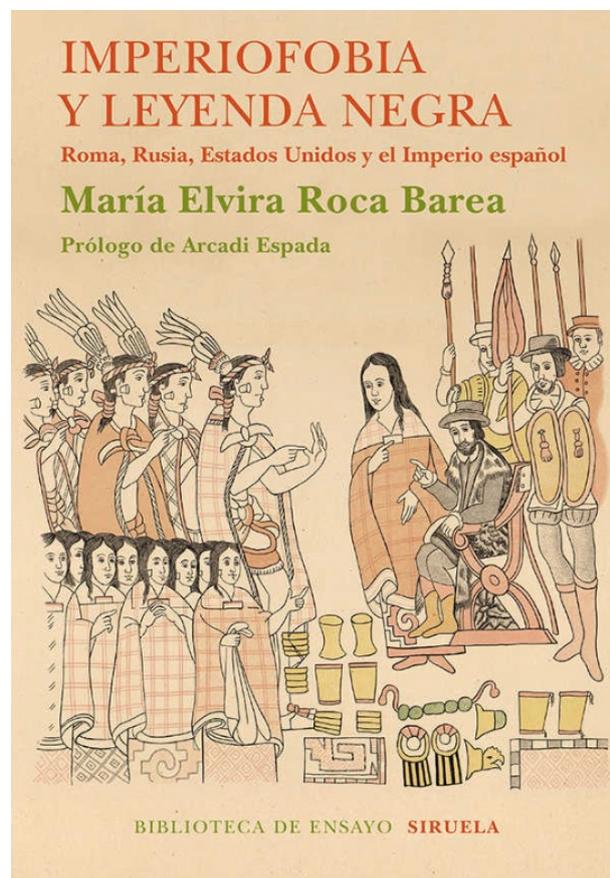
# Historia Imperiofobia y leyenda negra.

*Aŭskultante homon, facile estas  
scii kie li ekvidis sunlumon  
se li laŭdas Anglujon, li estas anglo  
se li rifuzas Prusion, li estas franco,  
kaj se li fiparolas pri Hispanio..., li  
hispano estas.*

Oyendo hablar un hombre, fácil es  
saber dónde vio la luz del sol  
Si alaba Inglaterra, será inglés  
si reniega de Prusia, es un francés  
y si habla mal de España...  
es español.

El poema de arriba salió de la pluma del poeta Joaquín Bartrina, español de Barcelona de 1850 a 1880. Lo conocí por la novela de Fernando Sánchez Dragó cuyo título es exactamente ese: *Y si habla mal de España, es español* (2007), que recensaremos en el futuro. Pero menciono ambos, el poema y la novela, porque es increíble que la Leyenda Negra tenga más creyentes en España que fuera de nuestra tierra. Comenzó en Italia cuando el Imperio Español mandaba allí, y la continuaron después los ingleses, holandeses y alemanes por el temor que tenían al único Imperio en todo el mundo bajo la autoridad de nuestros emperadores.

Es muy revelador que hoy en España abunda la idea de que todo lo extranjero es mejor que lo que tenemos aquí. Se tiene buena opinión de Europa, aunque nada bueno nos vino nunca de allí. Cuando veo artículos en los periódicos en que se culpa a España de genocidio en la actual Sudamérica, en el tiempo de su conquista, y también de los hechos malvados de Carlos I y Felipe II, y los demás gobernantes españoles a través de toda nuestra historia, no puedo dejar de sentir lástima por la profunda ignorancia de esa gente, imperdonable en los que han nacido y se han educado en España, e incluso en algunos países de Sudamérica. Quizá esas personas no saben, o quizá silencian mendazmente, que en Gran Bretaña los católicos no tuvieron plenos derechos civiles que les correspondían hasta mediados del siglo 20, mientras que en la tierra conquistada en América por los españoles (desde Alaska a la Tierra del Fuego, en Argentina), los indios tenían los mismos



derechos que los castellanos nacidos en Castilla. De hecho los indios perdieron esos derechos en cuanto dejaron de ser españoles, justo después de la independencia de esos países, o de la invasión de Estados Unidos en su tierra como consecuencia de la guerra de Méjico y también por pactos más o menos forzados entre diversas naciones. Sí, hubo genocidio en América, y se exterminó a razas completas, pero no hicieron eso los españoles, sino los británicos, franceses, y, a escala mucho mayor, los estadounidenses.

De hecho los españoles nunca tuvieron **colonias** en América o en ningún otro sitio del mundo, sino **provincias** y **virreinos**, cuyos mandos respondían directamente ante el Emperador. Eran desconocidas en las conquistas no españolas las instituciones obligatorias **Consejo de Indias** y el **Juicio de Residencia**. Este último lo sufrieron gobernadores (y altos funcionarios en general) en cuanto dejaban su puesto, en nombre del Rey sobre lo que se le pudiera acusar por parte de quien fuese, si entendían que habían cometido algún delito o falta durante su mandato. Algunos fueron encarcelados por abuso de poder (incluso el propio descubridor, Cristóbal Colón, fue llevado a la corte de Isabel la Católica cargado de cadenas por eso), aunque la mayor parte de ellos fueron declarados inocentes porque habían hecho todo conforme a la ley y a las virtudes cristianas. Pensemos qué habría ocurrido si los gobiernos coloniales de franceses e ingleses hubieran tenido que pasar por esas *horcas caudinas*... Cuántos pactos con los indios traicionaron los blancos, cuánto genocidio y guerras injustas hace uno o dos siglos en el territorio de los actuales Estados Unidos se debieron a la avaricia de los blancos. Hasta el establecimiento de las reservas indias es un exilio en su propio país, y una grave vergüenza para los derechos humanos. Eso no ocurrió nunca en la América Española.

La otra institución que mencioné antes, el **Consejo de Indias**, cuidaba que en el Nuevo Continente la justicia del Rey se cumpliera igual que en la España Europea. Entre las primeras universidades de España están las de las capitales de Santo Domingo, Perú y Méjico, en el siglo 16, lo que las convierte en las primeras de todo el continente. Además, algunos aborígenes americanos adquirieron la condición de nobles, lo cual fue totalmente desconocido en la América no española. No lo consiguió, sin embargo, Simón Bolívar, y de ahí, se dice, le vino su odio a España.

Cuando vino la independencia, aprovechando el desvalimiento de España por la traición de la Francia napoleónica invasora, hubo un profundo retroceso en el territorio americano. Los indios perdieron sus derechos, y ocurrió genocidio en diversas partes del sur del continente por primera vez en su historia. Pronto comenzaron guerras entre los nuevos estados, que habían disfrutado de paz durante más de trescientos años, los del dominio español. Según confesión pública del Libertador Simón Bolívar, *Hemos conseguido la independencia a costa de todo lo demás*.

Estas ideas que os presento en este artículo se pueden leer y comprobar en el extraordinario libro de Elvira Roca Brea *Imperiofobia y leyenda negra*, que

apareció hace unos meses. Se le puede encontrar en cualquier librería, pero también en Amazon<sup>1</sup>. Hay verdades que duelen, y este libro mete el dedo en la llaga de la envidia y de la falsedad de los que inventaron la Leyenda Negra Española, aclarando cosas hasta ahora inexplicables, como el modo en que Francisco Pizarro pudo conquistar con sólo 284 soldados un territorio cuatro veces mayor que España.

Ciertamente, la imperiofobia existía desde mucho antes que España: ya se temía y se odiaba al Imperio Romano, y después también al Británico y ahora al de Estados Unidos, por lo hablar del Islámico o el Turco en la Edad Media. Pero mientras que en Inglaterra en el tiempo presente se encuentra a muchas personas que presumen de su Imperio Británico, en España casi nadie habla del Imperio Español. Eso se debe a que hasta ahora los españoles se han creído las mentiras vertidas en esa leyenda, por ignorancia o complejo de inferioridad, mientras que otros países, como Inglaterra, Francia Turquía y algunos otros tienen mucho más que callar. ¿Dónde están los millones de indios que vivían en el territorio de los actuales Estados Unidos? Recordemos aquella frase tan aceptada allí: *El mejor indio es el indio muerto*. ¿Y dónde están los indios que vivían en la América Española? Ciertamente, en la actual Sudamérica. Porque los españoles sí que se casaban con las indias, como Elvira Roca demuestra en su libro, por orden de la propia Reina Isabel de Castilla. No puedo imaginar a ningún monarca británico diciendo eso... España se copiaba a sí misma en la tierra conquistada, al revés de lo que hacían los demás, que se dedicaron a expoliar por medio de sus armas más poderosas.

Por eso y otros detalles que se pueden leer en él, el libro de Elvira Roca Brea debería leerlo todo español que desee **saber** cuál es **nuestra herencia cultural**, y por ese conocimiento y el de la abundante bibliografía que le acompaña, defendernos allí, donde haga falta. Hubo un tiempo en que toda Europa temblaba cuando los Tercios Españoles se movían. Hoy en día Europa se burla de España y de los españoles todo el rato. Porque somos ignorantes de nuestra propia historia. Defenderla exige conocerla. Libros como este son indispensables en nuestras bibliotecas. Recomiendo encarecidamente la lectura de este libro y agradezco a su autora las respuestas a las preguntas importantes que me hacía yo durante mucho tiempo. Por ejemplo, por qué los ingleses no enviaron una flota para castigar el ataque de la llamada *Armada Invencible*. La respuesta es que sí que mandaron su flota..., que fue vencida frente a Galicia. Y, además, **ellos perdieron aquella guerra**, aunque eso lo silencian los orgullosos dueños de la Plaza de Trafalgar por vergüenza, y los españoles por ignorancia.



Pizarro y Almagro emprendieron la primera guerra

<sup>1</sup><https://www.amazon.es/dp/B01M4L8IHE>

## El oro de Moscú

No entiendo que el pueblo se olvide de su mayor riqueza en favor de una ideología sangradora de una minoría. España no es roja, y eso se sabe desde que en 1936 el pueblo apoyó a los generales que dieorn un golpe de estado contra la dictadura bolchevique que se erigió al rechazar los resultados de las elecciones de 1934.

La bondad del paraíso comunismo se empezó a sufrir con la desaparición física de los ciudadanos que no estaban de acuerdo con la doctrina comunista. Hasta el propio General Francisco Franco riñó a sus camaradas militares contra el golpe, hasta que ocurrió un asesinato importante, el del líder de la oposición parlamentaria, don José Calvo Sotelo, al que de modo efectivo se había amenazado de muerte previamente en el propio parlamento. Aquel asesinato fue un punto de inflexión, pues proto se supo que uno de los asesinos era miembro del partido socialista PSOe, al que ni el partido ni el gobierno castigaron. El General Franco se convenció entonces que era más peligroso no rebelarse que rebelarse, y el 14 de julio le comunicó a los golpistas, generales Emilio Mola, José Sanjurjo, Gonzalo Queipo de Llano, Manuel Goded, Joaquín Fanjul, y al entonces Jefe del golpe, Miguel Cabanellas, que se sumaba al golpe debido a la situación peligrosa de la patria.



José  
Calvo  
Sotelo

Lenin decía que una mentira dicha un millón de veces se convierte en verdad, pero se equivocaba, porque la verdad siempre halla el camino para el conocimiento de los que la buscan sin prejuicios. Hoy los autores neutrales, como el americano Stanley Payne, afirman que esa era la situación entonces. Por lo tanto, aunque el gobierno actual de España intente legislar para silenciar la historia, lo tienen difícil, porque la verdad ya no es española solo, sino que ha echado raíces más allá de nuestras fronteras, y este gobierno se arriesga a quedar en ridículo aún más que el de Zapatero, cuyas leyes no solucionaron ningún problema de España, sino que añadieron unos cuantos más, entre ellos la casi bancarrota de la nación, y si ya no estamos entre las naciones más ricas del mundo, la razón está en las fechorías de la autodenominada izquierda.

Sí, porque el ministro del Frente Popular Negrín envió el oro del Banco de España a la Unión Soviética, con el objeto de que Franco no lo disfrutara, olvidando que aquel oro no pertenecía ni a Franco ni al Frente Popular, sino a España, la gobierne quien la gobierne. Se calcula que fueron quinientos mil kilos de oro lo que el Frente Popular envió la URSS por el puerto de Alicante. La Guerra Civil terminó en 1939, pero el robo del oro español tuvo lugar en 1936, dos meses después de empezada. Cada uno saque sus propias conclusiones. El PSOE nos debe mucho oro y lo que representa: gloria, esplendor, importancia.

## El Señor Presidente

Ya me cansa la noción repetida mil veces en las páginas de internet de que los nacionalistas españoles invaden y humillan a las demás naciones de España. Bueno, la realidad es que en España existe **sólo una nación**, y aunque políticos cobardes cedieron en 1978 a las presiones de los regionalistas para incluir las palabras **nación** y **nacionalidad** con significado distinto y sin embargo similar (de hecho tienen la misma raíz), desde el siglo 6 en España ha existido sólo una nación, que se transformó poco a poco, a través de sucesos históricos y sociales, pero nunca

existieron naciones provinciales, aunque existiesen diferentes reinos en el actual territorio de España.

Sería tedioso repetir aquí lecciones sobre la historia del país, pero el resumen es que no existe el nacionalismo español, sino **la nacionalidad española**, y no existen las naciones **vasca** o **catalana**, sino otros tantos **nacionalismos**. ¿Y cuál es la diferencia? Bueno, los nacionalistas desean crear estados diferentes para crear después sus propias naciones, echando a los no nacionalistas de su hogar. La nación española la creó el estado visigodo hace quince siglos, y ahora son traidores los que niegan su propia nacionalidad para crear otra nueva, pensando que así serán libres y vivirán mejor. Son ignorantes, pues deberían conocer la historia de su propia nación: España comenzó a existir como nación sólo cuando los visigodos la independizaron de Roma por la fuerza, en el año 507. Era un pueblo pequeño que pronto se disolvió en la población hispanorromana, que ya vivía desde hacía mucho tiempo en el lugar que los visigodos acababan de conquistar. Estos **adoptaron** la **lengua** y la **cultura** de la población conquistada, y después de algunas décadas también adoptaron su **religión**, que era el factor que unía a todo el país. La



El primer Rey de España

religión siguió uniendo al pueblo durante la larga invasión de los islámicos, y de hecho eso, junto con la lengua y otros elementos culturales de menor rango, impidieron que la nación española pereciese bajo la catástrofe musulmana, al revés de lo que sucedió en otros países, como Egipto o Turquía. Unidos por la fe cristiana, los diversos reinos de España sobrevivieron y consiguieron expulsar a los musulmanes de nuestra tierra, y después los españoles conquistaron todo un continente, y al hacer eso recrearon España, y poco después, inventaron América.

Y ahora viene un presidente al que el pueblo nunca aceptó, pues se votó a su lista de candidatos menos que a ninguna otra en la historia de su partido en el marco de la así llamada democracia española, y por medio de pactos secretos con otros partidos minoritarios, echaron al gobierno de la lista más votada y crearon otro que tampoco resolverá nuestros problemas, sino que crearán otros nuevos, como ya Rodríguez Zapatero hizo antes. Ahora parece que el asunto más importante es desenterrar al Dictador Francisco Franco, en lugar de reducir el paro, rebajar la deuda nacional, o negociar su rebaja, como hizo Grecia (¡consiguieron

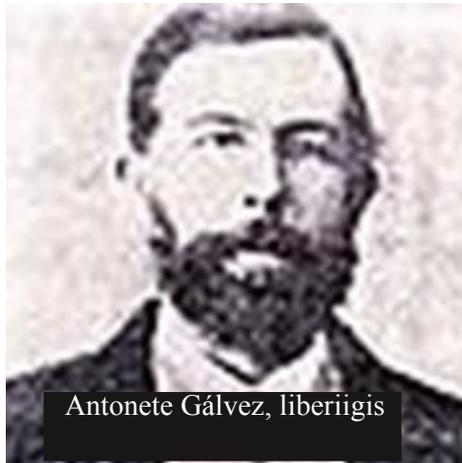
una rebaja del 70%!), hacer desaparecer la corrupción en todos los niveles del Estado Español, elevar la ejemplaridad de las autoridades del gobierno, etcetera. Sí, de acuerdo en que la herencia



que recibieron de Mariano Rajoy no es para tirar cohetes, porque entre otras cosas se trata de un estado a punto de romperse, aunque seríamos injustos si no reconociésemos que esa herencia ya cojeaba desde la administración de sus antecesores en la Presidencia de España, que cedieron lo que no era suyo, es decir, parte de la Soberanía Española, como las competencias sobre educación y policía, a los nacionalistas regionales, a cambio de apoyo parlamentario. De eso se

deduce que les simportaba más mandar que favorecer al pueblo y al país. He ahí la demostración de que les importa un comino el bien de la nación, porque actúan sólo a favor de sus ideologías (¿de verdad necesito el plural aquí?)

La elección de Sánchez fue posible por los votos de PODEMOS y de los partidos independentistas, que a pesar de tener pocos diputados en nuestro parlamento, juntos tienen más votos que el Partido Popular, que se quedó solo, como de costumbre. Este consiguió formar gobierno cuando tuvo más de 176 diputados, y también cuando los nacionalistas los ayudaron con sus votos en el parlamento. No obstante, nunca han dado sus favores por generosidad. Jordi Pujol, antiguo dirigente independentista, hizo que el Presidente Aznar dejase de controlar la educación en Cataluña, y después de veinte años ya hay suficientes jóvenes que creen las mentiras que los profesores nacionalistas les han ido inculcando, sobre todo la de que *los malvados españoles* conquistaron con derramamiento de sangre la amada *patria catalana*, y que hay que expulsarlos de su santo suelo.



Antonete Gálvez, liberiigis

Por desgracia para esos nacionalistas catalanes y vascos, **ninguna** de esas **patrias** fue independiente en el pasado, y por lo tanto tienen que seguir mintiendo para exigir su independencia pues sus naciones las quieren crear **ahora**, y aunque siempre fueron territorios castellanos o aragoneses en el pasado. De hecho, en los tiempos modernos **sólo Murcia fue una nación independiente**, aunque durase sólo seis meses, desde julio de 1873 hasta enero de 1874. Sí, si uno excava un poco en la historia de España y de Murcia, es decir, lee los periódicos de aquella época, se encuentra la famosa rebelión seismesina. Du-

rante ese tiempo hasta declararon la guerra a España y a Alemania, y pidieron a Estados Unidos que los aceptase como el 51º estado de su unión ¡veinte años antes de la Guerra de Cuba!

Por desgracia para ellos el General Martínez Campos llegó al *país independiente* antes de que el Presidente de Estados Unidos, Ulysses Grant, tomase una decisión, y la independencia de Murcia terminó y sus independentistas huyeron al extranjero, igual que Puigdemont,

pues fueron condenados a muerte.

Pero los murcianos de hoy en día pasan de esa anécdota (sangrienta, sin embargo, porque hicieron la guerra y conquistaron algunas ciudades españolas próximas, como Hellín y Orihuela, y por desgracia algunas personas murieron), y nadie en su sano juicio pensaría pedir la independencia de España en nombre de esa anécdota histórica como *autonomía histórica* o territorio *independiente*.

Por otra parte, los nacionalistas siguen mintiendo cuando hablan del Conde de Barcelona, olvidando que quien ostenta ese título ahora es el Rey Felipe VI de España.

Por desgracia nuestro nuevo presidente no puede hacer mucho, pues debe su puesto a los nacionalistas, entre otros.

Pero ya he dicho suficiente sobre ese tema. Lo importante ahora es que los españoles aceptamos una ley con truco, y después la santificamos por medio de un nombre poco adecuado, **Constitución**. En realidad nadie nos explicó a nosotros, pueblo ignorante e ingenuo, lo que es una constitución. Según el artículo 16 de una declaración bastante reconocida en todo el mundo civilizado, la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*, proclamada en 1789 en

París, *Toda sociedad en que no están garantizados los derechos, y que la separación de poderes no está determinada, no tiene Constitución*. Por eso se puede llamar a la ley de 1978 **Carta Magna** o lo que se quiera, pero no **Constitución**. Además, en su artículo 99 se dice que el Rey de España nombra Presidente del Gobierno a la persona que decida el parlamento, y eso certifica que ese nombre, Constitución, es sólo un apodo. Si los legisladores eligen al gobierno, ¿dónde está la separación de poderes?

Además es de notar que los españoles no votamos a personas, sino a listas de nombres de personas. Los dirigentes de los partidos políticos eligen a los que están en esas listas, demodo que los ciudadanos no pueden elegirlos directamente. Eso es una exigencia de fe en esos dirigentes de que escogerán a los hombres más capaces para el trabajo. Por desgracia eso no ha ocurrido en los cuarenta últimos años, y muchos elegidos mienten y abusan de su poder siempre que pueden. De modo impune, porque dice la constitución que para castigarlos hace falta un tribunal parte de cuyos jueces ha nombrado previamente el propio parlamento.

¿Puede acaso el pueblo, es decir nosotros, despedirlos? No, claro

que no, por la simple razón de que nosotros no los hemos elegido, sino que el dirigente de su partido decidió quién era votable y quién no. De eso se puede deducir que sí, que **no elegimos** al Presidente Sánchez, pero **tampoco a Rajoy, Zapatero, Aznar, González o al propio Suárez**. Así que ¿por qué protestar ahora porque nadie eligió a Sánchez? **¡Nunca elegisteis, ingenuos, al presidente de España en toda vuestra historia!** Y sabed que la causa está en que **no sois demócratas**, porque **jamás habéis defendido la democracia**. Y por eso nunca la tendréis, porque tener democracia exige mucho trabajo por crearla y después seguir trabajando todos los días para conservarla, porque nadie la regala.

El último gobierno franquista **nos regaló** la libertad individual, pero no la colectiva. **La libertad colectiva** no tolera que se monte un referéndum para votar una constitución que no se hizo en nombre del pueblo. Porque eso significa que el pueblo elegirá a los diputados en una lista donde cualquier persona tenga derecho a estar por elección individual. Esos diputados tendrán sólo una tarea: confeccionar una constitución que el pueblo después votará en referéndum, y si una proporción importante la aprueba, se convierte en **Nuestra Constitución**. Pero ese

día todavía no vendrá a España ¡porque la mayor parte del pueblo cree que ya tenemos constitución!

Mientras tanto sufriremos a presidentes como estos seis que han llevado a nuestro país desde el 0% de paro y el 8ª puesto entre los países más ricos del mundo, al borde de la bancarrota. Pero nosotros, los españoles, votamos y votaremos nuestra ruina.

Y mientras políticos como los de ahora se seguirán cachondeando de todos vosotros cada vez que vais a votar porque *hay que defender la democracia....* Como si se supiera en España qué es la democracia o la defensa de algo valioso.



## El pecado del talibán

### Tercera parte: Reya.

#### 7 El paladín.

De repente cambió el escenario. Ya no se encontraba en casa del imán. El Pro Fu ya no estaba. Veía un paraje familiar a las afueras del pueblo. Había un olivo y junto a él pasaba una mujer muy hermosa, decentemente vestida. La conocía. Se fijó y vio que se trataba de Reya. Se acercó hacia donde ella estaba, pero antes de que ella lo viera, la



interceptó un joven y hablaron de algo. Ella se quiso dar la vuelta, pero él la sujetó y otros dos hombres se les unieron: dos la sujetaron y el tercero le subió el vestido. Pero recibió una pedrada en un lado de la cabeza.

«Dejadla, hijos de Satanás», chilló Abdul.

«Tú eres uno y nosotros somos tres».

«Dios y yo podremos con los tres», dijo tirándose encima de uno de ellos, y derribándole lo cubrió de puñetazos. Pero los otros dos lo sujetaron por los brazos mientras el otro le golpeó varias veces con una piedra, hasta que le hizo perder el conocimiento.

«¡Asesinos!», chilló Reya, «¡Lo habéis matado!»

Los tres hombres se dieron cuenta de lo que habían hecho y se fueron corriendo. Reya quedó con él y lo cubrió de besos. Luego vio que respiraba y al poco tiempo recuperó el conocimiento, pero estaba muy débil. Lo ayudó a ponerse en pie y, apoyándose en ella, pudo llegar a casa del médico del pueblo. Este le puso una cataplasma y le ayudó a llegar a su casa. Zulema salió alarmada y una vez puesto el joven a buen recaudo en su habitación, Reya y el médico fueron a ver al juez, que envió al alguacil a detener a los tres jóvenes. El galeno aseguró que el enfermo estaría bien tras una semana de reposo, y

entonces el magistrado decidió postponer el juicio hasta que el agredido pudiese testificar, y mientras mantuvo a los tres malhechores encarcelados para que reflexionaran sobre su proceder malvado.

Reya visitaba a su defensor todos los días, y a medida que él se iba reponiendo, le iba instruyendo sobre las enseñanzas de *El Libro*. La aleccionó sobre la necesidad de vestir y andar con modestia, e incluso le aconsejó pedir a su padre permiso para vestir burka, a lo que el buen hombre se negó:

«Si quiere que vistas un burka», le dijo, «que se case contigo y te lo ponga él».

Cuando Abdul lo supo, consultó a su madre:

«Madre, me gustaría casarme con Reya. ¿Crees que podríamos convencer a padre para que pida su mano?»

Zulema mucho se maravilló de que su hijo quisiera sentar cabeza con una buena chica, cuando todos pensaban que se iba a dedicar en exclusiva a la vida contemplativa y la observancia de las leyes de Dios, quizá como derviche o faquir. Corrió al trabajo de su marido a contárselo, y más tarde le aseguraron a su hijo que en cuanto se recuperara irían a pedir la mano de Reya a sus padres.

Cuando se curó, se inició el juicio. Los acusados defendieron que Reya les había incitado al pecado, pero el juez creyó más a Abdul, hombre piadoso, que aseguró que la actitud de la muchacha fue intachable en todo momento y que ellos pretendieron violarla por maldad. El juez los condenó a la horca por intento de violación y de asesinato. Pero Abdul solicitó del juez que en lugar de colgarlos se los desterrase a un lugar alejado del pueblo y que no volviesen nunca, bajo pena de ahorcamiento, porque así estarían a salvo de su maldad de corazón todas las hijas de Dios que vivían en el pueblo. Las madres de los tres muchachos respiraron aliviadas cuando a la pregunta del juez, Reya dijo que Dios es Misericordioso y que ella se sentiría mejor si ellos no morían, porque con su muerte ella no se sentiría mejor. Por lo tanto los tres jóvenes fueron escoltados hasta tres pueblos más lejos del suyo y se les advirtió que si les sorprendían más cerca de su pueblo de origen que donde se les dejaba libres, serían colgados sin juicio previo.

Al día siguiente Ibrahim y Zulema fueron a casa del padre de Reya para pedirle su mano. Y un mes más tarde se casaron.

Abdul comenzó a ayudar a su padre en los negocios y se dejó la

contemplación mística, a la que se había dedicado desde hacía muchos años. Ya tenía veinticinco, y era hora de sentar la cabeza. El padre de Reya apuntó que le parecía muy poco tiempo de noviazgo, pero Abdul le garantizó que su hija sería la mujer más piadosa del pueblo y que él la cuidaría mientras viviese.

El desposorio duró tres días, y un invitado especial fue el más rico del pueblo, Abén Abdalah.

«No nos conocemos de nada, Abdul, y aunque tu padre y yo hemos hecho negocios en el pasado, no nos une ningún vínculo de amistad».

«Abén», dijo Abdul, «he analizado tus métodos y me gustan. Quisiera que fuéramos amigos, y en un futuro me gustaría que fuéramos socios. Y quiero comenzar esta amistad invitándote al acontecimiento más importante de mi vida, mi casamiento. Creo que seremos buenos amigos, a pesar de que nos separen los años».

Mucho impresionaron estas palabras al solterón ermitaño, pues no tenía amigos en el pueblo, por lo que asistió al desposorio de su nuevo amigo.

Abdul dispuso que se sentase junto a su padre, y durante los festejos iniciaron una buena amistad ellos dos. La hermana menor de Abdul, Sania, gustó al solterón, y dándose cuenta el contrayente, decidió aleccionarla en los detalles que sabía que le gustaban mucho al personaje, así como en las Leyes de Dios y las virtudes que le harían prudente, modesta y cariñosa.

Cuando todos los invitados ya habían abandonado la sala del banquete, tres días después de haberse reunido para decir las palabras de rigor y ritual y haber bendecido el imán el matrimonio y haberse firmado el contrato por los esposos y los testigos, llegó la hora de la verdad.

«Esposa», le dijo, «ve a nuestra alcoba y disponlo todo para tu esposo, que yo quedaré aquí orando para que Dios me ilumine en el momento más importante de nuestras vidas».

Ella le besó la mano, se inclinó ante su ya esposo y se dirigió a la alcoba que compartiría con él durante el resto de su vida.

Cuando Abdul llegó a la alcoba, se encontró a su esposa dentro de la cama, pero vestida.

«Mujer, ¿qué haces vestida?»

---

«Esposo, nunca me vio nadie desnuda. Me da mucha vergüenza».

«Reya, mi dulce esposa», le dijo Abdul con voz quebrada, pero suave, acariciadora, cariñosa, «yo..., yo soy tu esposo. Ante mí no sentirás vergüenza, pues tú y yo somos una sola carne y una sola sangre. Y tenemos que engendrar buenos hijos de Dios. No tengas vergüenza de tu esposo, como tu seno no la tiene de tu mano».

«Sí, esposo. Ya sé que eres mi dueño. Pero me puede el pudor».

«Ven», le dijo él quitando la manta y la sábana de un tirón. La puso en pie y le dio un largo y tierno beso. Le acarició la cara y la espalda, y sin que ella se diera cuenta, él le acarició el sexo y el vientre, y consiguió que el cuerpo de ella reaccionara a sus caricias. Y pronto, sin notar ella cómo ni cuándo, estaba totalmente desnuda ante él. Entonces Abdul tomó la sábana y la lio al rededor del cuerpo de Reya, ocultándola por completo, de la cabeza a los pies. Luego la tomó en brazos y la tumbó sobre la cama. A continuación se desnudó completamente y la deslió.

«Hola, extranjera», le dijo sonriendo. «Quiero conocerte».

Ella se abrazó a él y entonces él la tomó. Fue gradual, nada impaciente, y la acarició por todas partes, de modo que ella no sintió mucho el dolor, porque estaba teñido de placer. Aún la tomó tres veces más aquella noche, y las tres ella gozó de su orgasmo, que no chillaba, como Zoraida, sino lloraba.

Y Abdul pasó a ocuparse de los viajes de negocios que hacía antes su padre, pues ya era demasiado viejo para ello. En uno de esos viajes, al sorprenderle una tormenta de arena en pleno desierto y estando los miembros de la caravana sentados en el suelo en círculo dentro del que formaban los camellos, oyó una voz familiar:

«Mucho ha influido en tu personalidad la piadosa Zoraida, noble Abdul».

«¡Oh, piadoso El Pro Fu! Gracias por tu visita. ¿A qué debo el honor?»

«¿Aún piensas que Reya está mejor muerta?»

«Oh, no, El Pro Fu! Es mujer virtuosa que espera darme un hijo dentro de unos meses».

«Eso puede esperar, Abdul, pues la hermosa Zoraida tiene cosas que hacer todavía».

Y Abdul sintió mucho sueño, y la noche se apoderó de sus ojos y de su alma. Y se despertó con el canto del gallo, junto a su marido, el rico Abén Abdalah.

Recordó cómo hacía años le había dejado durante unos momentos en casa del Santo Imán Omar para hablar con El Pro Fu, y que en cuanto volvió él les había aconsejado sobre su hija Fátima, a la que habían casado con un buen hombre que la trataba bien y la había cubierto de hijos, sus nietos.

«Esposo», le dijo a su hombre, que aún dormía junto a ella, «aguarda, que te traigo el desayuno».

Le trajo leche y gachas, y desnudándose le hizo el amor para mejorarle los buenos días. Treinta años llevaban casados y le había dado ya tres hijos, y aún estaba encinta del cuarto. Pero eso no era obstáculo para que todavía le diese a su esposo lo que ninguna otra mujer pudiera darle, ni aún las hetairas más profesionales.

Tres meses después parió una nueva niña, a la que pusieron de nombre Sania, como la niña que era hermana de Abdul.

El tiempo fluía rápido hogar feliz, y cuando Abén era ya octogenario, falleció. Ella lo solazó hasta el día anterior. Al amanecer él se sintió mal y ella le atendió con la solicitud de una buena esposa. Hizo venir al médico, que le dijo que el corazón del anciano ya había alcanzado el final de su recorrido. Y a media tarde él fallecía en los brazos de su buena esposa mientras esta le recitaba fragmentos de *El Libro* de memoria para prepararle para vivir en las praderas del Paraíso junto a Dios y toda la gente buena que le había precedido.

«Gracias, Zoraida», le dijo a modo de despedida. «Has sido una buena esposa. Dios te bendiga..., Dios te bendice». Y dicho eso, el anciano expiró.

Zoraida ya era sexagenaria y había pasado las dos terceras partes de su vida con aquel hombre bueno. Y lloró. Lloró sincera y amargamente durante varias horas. Finalmente su primogénito, Alí, se encargó de las honras fúnebres de su padre, que fue enterrado en el cementerio del pueblo.

Cuando todos se fueron a sus casas, cuando solo quedaban ella y Alí en el cementerio rezando, se les acercó el sepulturero, que se tenía que ir:

«Señora, tengo que cerrar. Por favor, seguidme».

Mientras Alí salía, ella se rezagó un poco para darle instrucciones al hombre sobre los cuidados periódicos de la sepultura de su esposo.

«Mucho has llorado a tu esposo, señora. Creo que tu aprendizaje ya toca a su fin, y podemos dejar solo al joven Abdul», le dijo el hombre con una enorme sonrisa.

«¡El Pro Fu!»

«Así es, señor. Creo que ahora eres misericordioso más que piadoso. Ahora estás más cerca de Dios. Creo que ya sólo me verás una vez más, quizá dos».

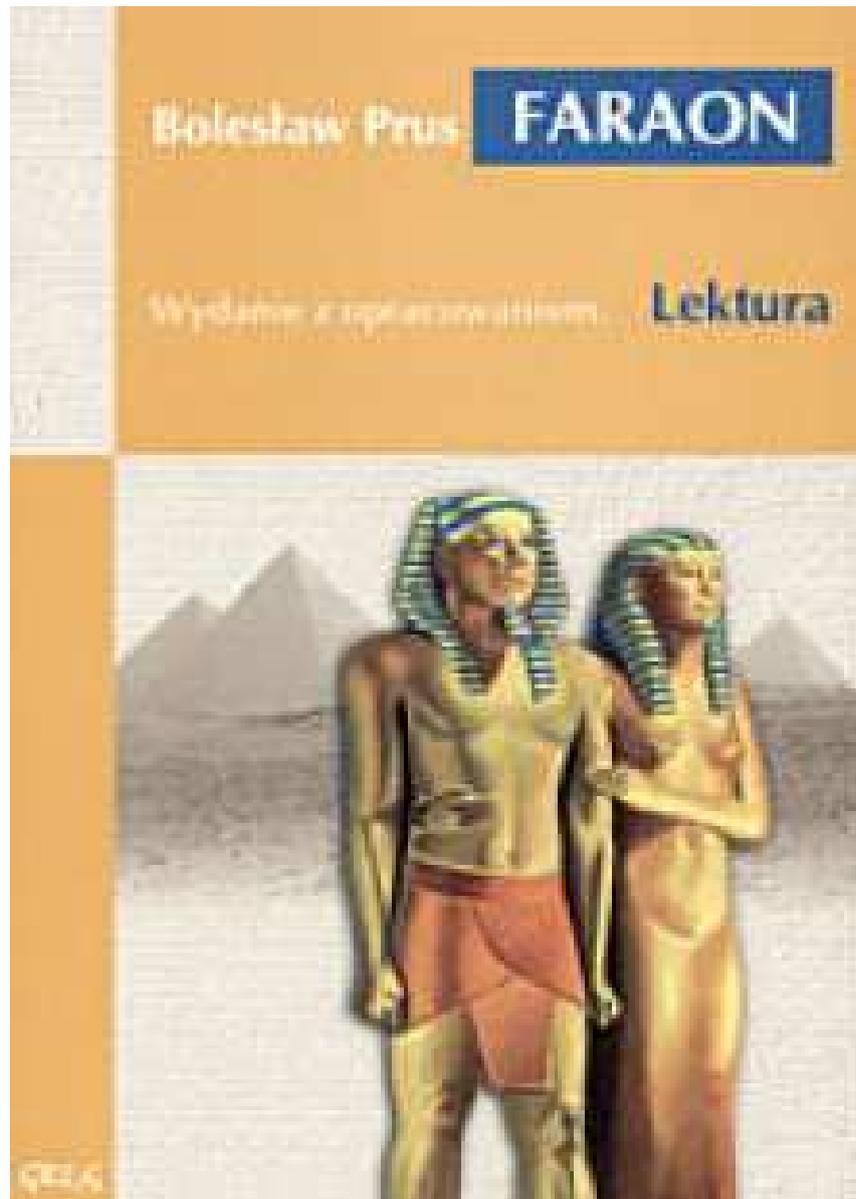
**Continuará**

## El Faraón, de Boleslau Prus. Capítulo 49

**D**urante algunos meses en los que Ramsés cumplió con sus deberes de Virrey del Bajo Egipto, su santo padre enfermó más y más. Y se acercó el momento en que el señor de la eternidad, el que despierta alegría en los corazones, el monarca de Egipto y de todas las tierras que ilumina el sol, fue a ocupar su lugar entre sus respetables predecesores en las catacumbas que yacen más allá de la ciudad de Tebas.

El Poderoso, que daba la vida a los súbditos y tenía el poder de alejar a los maridos de sus esposas, todavía no era demasiado viejo, pero el reinado de treinta años lo cansó tanto que él mismo deseó reposar, volver a encontrar juventud y belleza en la tierra occidental donde los faraones, sin pesares, gobiernan eternamente a pueblos tan felices que nunca nadie quiere volver de allí.

Todavía medio año antes el santo jefe mismo realizaba los deberes de su puesto real sobre el que se basa la seguridad y felicidad de todo el



mun  
do visible.

Por la mañana, justo antes del primer canto del gallo, cada día los sacerdotes despertaban al monarca por medio de un himno en honor del sol naciente. Entonces el Faraón se levantaba de la cama y se bañaba en una bañera de oro. Después se le frotaba el cuerpo con aceite carísimo mientras se murmuraba una oración

para ahuyentar a los malos espíritus.

Así purificado e incensado, iba a la pequeña capilla, arrancaba de la puerta el sello de arcilla y entraba solo en el lugar sagrado donde sobre una cama de ébano reposaba la estatua milagrosa del dios Osiris. El dios poseía algo extraordinario: cada noche caían sus piernas, brazos y cabeza, cortadas una vez por el mal dios Set, pero después de la oración del Faraón cada miembro volvía a crecer sin ayuda de nadie.

Cuando su santidad se convencía de que Osiris estaba de nuevo sin defecto alguno, sacaba la estatua de la cama, la bañaba, la vestía con ropas caras, y sentándolo en un trono de malaquita, lo incensaba con perfumes. Esa era una ceremonia muy importante: si alguna vez los miembros de Osiris no hubieran crecido, eso sería signo de que un gran peligro amenazaba a Egipto, si no a todo el mundo.

Revivido y vestido el dios, su Santidad dejaba la puerta de la capilla abierta para que a través de ella fluyese la bendición sobre todo el país. A la vez destinaba a los sacerdotes, que durante todo el día debían guardar la santidad, no tanto de la voluntad malvada de los hombres, como de su poca seriedad. A menudo ocurría que algún mortal inconsciente se aproximara demasiado al santo lugar y recibiese un golpe

invisible que lo dejaba inconsciente, si no sin vida.

Tras el servicio, el señor rodeado de sus sacerdotes cantantes iba al gran comedor, donde estaba para él su sillón y su mesa pequeña, y otras diecinueve mesas ante diecinueve estatuas que representaban las diecinueve dinastías. Cuando el monarca se sentaba, entraban corriendo jóvenes de ambos sexos con platos de oro sobre los que había carne y pasteles con jarras de vino. El sacerdote que se ocupaba de la comida probaba del primer plato y jarra, que después de rodillas daba al Faraón; los otros platos y jarras se ponían ante las estatuas de los antecesores. Cuando el monarca había aplacado el hambre y dejado el salón, la comida destinada a los antecesores tenían derecho a comérsela los príncipes y sacerdotes.

Del comedor el señor iba al salón de la audiencia, de no menor tamaño. Allí caían ante él sobre su rostro los oficiales más altos del Estado y la familia más próxima; después el ministro Herhor, el Tesorero Mayor, el Juez Supremo y el Jefe Mayor de la policía le presentaban informes sobre asuntos del estado. La lectura era interrumpida por música y danza religiosas, mientras que se lanzaban sobre el trono coronas y ramos de flores.

Después de la audiencia, su

santidad iba a un gabinete cercano para dormir algo. Después hacía ofrendas de vino e incienso a los dioses, y narraba a los sacerdotes sus sueños, de los que los sabios redactaban las órdenes más altas sobre los asuntos que debía decidir su Santidad.

Pero a veces, cuando no tenía sueños, o cuando las explicaciones no le parecían al Faraón exactas, su santidad sonreía bonachonamente y ordenaba actuar en el asunto de esta o de aquella manera. La orden era la ley que nadie podía cambiar, quizá sólo en la consecución de los detalles.

En las horas de la tarde su Santidad, llevada en andas, se mostraba en el patio a su guardia fiel, y después subía a la terraza y observaba las cuatro partes de la tierra para enviarles su bendición. Entonces sobre la parte superior de los mástiles se colgaban banderas y sonaban trompetas potentes. Todos los que las oían en la ciudad o en el campo, egipcio o bárbaro, caían sobre su rostro para que sobre su cabeza fluyese parte del favor más alto.

En esos momentos no se permitía pegarle a hombre ni a bestia: el palo levantado sobre la espalada incluso

debía bajarse. Si un criminal condenado a muerte pudiese demostrar que se le leía el veredicto en el momento de la aparición del señor del cielo y la tierra, se disminuiría su castigo. Porque ante el Faraón pasa la fuerza, y después el perdón.

Una vez contentado el pueblo, el amo de todo lo que hay bajo el sol paseaba por sus jardines, entre palmeras e higueras salvajes; allí quedaba más tiempo, allí le honraban sus mujeres, y jugaban ante él los niños de su casa. Si alguno le atraía su atención por su belleza y habilidad, entonces le llamaba y le preguntaba:

—¿Quién eres, mi pequeño?

—Yo soy el príncipe Binotris, hijo de su santidad, —respondía el muchacho.

—¿Cómo se llama tu madre?

—Mi madre es la señora Amesés, mujer de su santidad.

—¿Qué sabes?

—Sé calcular hasta diez y escribir: "¡Que viva eternamente nuestro padre y dios, el santo Faraón Ramsés!"

El señor de la eternidad sonreía cordialmente y con su mano delicada, casi diáfana, tocó la cabeza cuidada

<sup>1</sup>Nomo se denomina a cada una de las subdivisiones territoriales del Antiguo Egipto. Este nombre es de origen griego

(Νομός, 'distrito'); la palabra equivalente egipcia era *hesp* o *sepat*, que designaba la superficie cultivable de los

del valiente muchacho. Entonces el niño se convertía en príncipe de verdad, mientras su Santidad seguía sonriendo enigmáticamente.

Porque al que tocaba la mano divina no podía encontrar el fracaso en la vida y debía ser elevado sobre los demás.

Para almorzar, su santidad iba a otro comedor y compartía sus alimentos con los dioses de cada nomo<sup>1</sup> de Egipto, cuyas estatuas se erguían contra las paredes. Lo que no se comían los dioses lo recibían los sacerdotes y los altos dignatarios de la corte.

Antes de la tarde su santidad aceptaba la visita de la reina Nikotris, madre del heredero, veía las danzas y escuchaba el concierto. Después de nuevo volvía a bañarse y, purificado, entraba en la capilla de Osiris para desnudar y acostar en la cama al dios milagroso. Una vez realizado eso, sellaba la puerta de la capilla y rodeado de la procesión de los sacerdotes, iba a su dormitorio

En la habitación contigua hasta que el Sol saliese rezaban los sacerdotes por el alma del Faraón, que mientras dormía se encontraba entre los dioses. Entonces le presentaban las peticiones de la solución de los asuntos de estado actuales, de la protección de las fronteras de Egipto y de las tumbas de los reyes para que

ningún ladrón se atreviese a entrar allí e interrumpir el reposo eterno de los poderosos gloriosos. Pero las oraciones sacerdotales, quizá por el cansancio nocturno, no siempre eran eficaces: los problemas del estado crecían, y se robaba en las sagradas tumbas no sólo objetos caros, sino incluso las momias de los faraones.

Esto era resultado de la hospitalidad en el país de diversos extranjeros e idólatras, de los que el pueblo había aprendido el desagrado por los dioses egipcios y los lugares sagrados.

El descanso del señor de los señores se interrumpía una vez por la noche. En esta hora los astrólogos despertaban a su santidad y le informaban en qué fase está la Luna, qué planetas brillan sobre el horizonte, qué constelación atraviesa el meridiano o si no ocurría nada extraordinario. Porque alguna vez aparecían nubes, las estrellas eran menos numerosas de lo normal, o volaban sobre la tierra globos de fuego.

El señor escuchaba el informe de los astrólogos, en caso de algún fenómeno extraordinario los tranquilizaba con la seguridad del mundo y ordenaba tomar nota de todas las observaciones en tabletas especiales que cada mes se enviaban a los sacerdotes del templo de la Esfinge, los mayores sabios que

poseía Egipto. Sacaban conclusiones de las tabletas, pero las más importantes no se las comunicaban a nadie, quizá sólo a sus colegas caldeos en Babilonia.

Después de medianoche el Faraón ya podía dormir hasta el canto matinal de los gallos, si quería.

Semejante vida piadosa y trabajadora llevaba el buen dios, dador de protección, vida y salud, día y noche guardando la tierra y el cielo, el mundo visible y el invisible. Pero desde la mitad de aquel año el alma del eterno viviente cada vez más se cansaba más de los asuntos terrenales y de su concha corporal. Había días en que no comía nada, y noches no dormía. A veces durante la audiencia sobre su cara quieta aparecían signos de profundo dolor, muy a menudo, cada vez con mayor frecuencia, se desmayaba.

La reina Nikotris horrorizada, el noble Herhor, y los sacerdotes muchas veces preguntaron a su jefe qué le ocurría. Pero el señor levantaba los hombros en silencio, siempre llevando a cabo sus deberes agotadores.

Entonces los médicos de la corte comenzaban a darle de modo discreto los remedios más fuertes para revitalizarlo. Se mezclaba en su vino ceniza de caballo y buey, después de león, rinoceronte y elefante; pero los remedios potentes

no tenían ninguna eficacia. Su santidad se desmayaba con tanta frecuencia, que se dejó de darle informes.

Un día Herhor, la Reina y los sacerdotes le suplicaron al señor que les permitiese examinar su cuerpo divino. El señor consintió los médicos lo auscultaron y palparon, pero fuera de su gran delgadez no encontraron ningún síntoma peligroso.

—¿Que siente su santidad?, — preguntó finalmente el médico más sabio.

El Faraón sonrió.

—Siento, —respondió, —que ya es la hora de que vuelva con mi padre solar.

—Eso su santidad no puede hacer sin gran perjuicio para vuestros pueblos, —rápidamente terció Herhor.

—Os dejo a mi hijo Ramsés, que es un león y un águila en una sola persona, —respondió el señor. —Y en verdad si le obedecéis, preparará a Egipto una suerte de la que nunca se oyó desde el comienzo del mundo.

El santo Herhor y los demás sacerdotes temblaron ante esa promesa. Sabían que el heredero era un león y águila en una sola persona, y que le deberán obedecer. Pero

preferirían tener más años a este señor favorable cuyo corazón, lleno de compasión, era casi como el viento del norte, que trae la lluvia a los campos y refresca a los hombres.

Y por eso todos, como un solo hombre, cayeron a tierra y gimiendo yacieron sobre su vientre hasta que el Faraón consintió en someterse al tratamiento.

Entonces los médicos le hicieron pasar todo el día en el jardín, entre los árboles puntiagudos, lo alimentaron con carne troceada, le dieron a beber caldos fuertes, leche y vino viejo. Los remedios nutritivos reforzaron a su Santidad durante una semana aproximadamente, pero de nuevo vino la debilidad, y para vencerla se obligó al señor a beber sangre fresca de buey, procedente de Apis.

Pero la sangre tampoco ayudó mucho, y se tuvo que pedir consejo al sacerdote principal del dios malvado Set.

Ante el temor general entró el triste sacerdote, echó una mirada a su santidad y aconsejó un remedio terrible.

—Se debe —dijo —dar al Faraón sangre de niño inocente, todos los días una copa.

Los sacerdotes y altos dignatarios, que atestaban la habitación,

enmudecieron tras este consejo. Después comenzaron a murmurar que para eso serían mejor los niños de los campesinos, pues los hijos de los sacerdotes y altos dignatarios pierden la inocencia ya desde la cuna.

—Es indiferente de quién sean los niños —respondió el sacerdote cruel —siempre y cuando su santidad beba todos los días sangre fresca.

El señor, acostado en la cama y con los ojos cerrados, oyó el consejo sangriento y los murmullos de los cortesanos. Y cuando uno de los médicos, cobarde, preguntó a Herhor si se podía ocupar alguien de buscar a los niños adecuados, el Faraón volvió en sí. Fijó sus ojos sabios en los presentes y dijo:

—El cocodrilo no se come a sus hijos, el chacal y la hiena dan la vida para salvar a sus hijos, ¿y yo bebería la sangre de los niños egipcios, que son mis hijos? ¡En verdad yo nunca supondría que se me aconsejara ese remedio tan innoble!

El sacerdote del malvado dios cayó sobre su rostro, aclarando que la sangre de los niños nunca nadie había bebido en Egipto, pero que las potencias infernales pueden así devolver la salud. Ese remedio al menos se usaba en Fenicia y Asiria.

—Vergüenza—respondió el Faraón— en el palacio de los poderosos egipcios hablar de esos asuntos abominables. ¿No sabes que los fenicios y los asirios son bárbaros ignorantes?

»Pero entre nosotros ni siquiera el campesino más ignorante creería que la sangre vertida injustamente puede ser útil para nadie.

Así habló El Igual a los inmortales. Los cortesanos se cubrieron el rostro, rojo de vergüenza, y el sacerdote de Set salió de la habitación en silencio.

Entonces Herhor, para salvar la vida agonizante del monarca, usó el último remedio y le dijo al Faraón que en el templo de Tebas se oculta el caldeo Beroes, el sacerdote más sabio de Babilonia y poderoso milagrero.

—Por vuestra santidad —dijo Herhor —es un extranjero y no tiene derecho a dar consejos importantes a nuestro señor. Pero permite, rey, que te vea, pues estoy seguro de que encontrará un remedio contra tu enfermedad, y en ningún caso ofenderá tu piedad con palabras blasfemas.

También esta vez el Faraón cedió al deseo de su fiel servidor. Y tras dos días, llamado de modo secreto, llegó Beroes a Menfis.

El sabio caldeo, sin apenas mirar con detalle al Faraón, dio el consejo

siguiente:

—Se debe encontrar en Egipto a un hombre cuyas oraciones lleguen al trono del Más Alto. Y cuando rece sinceramente por el Faraón, el monarca recuperará la salud y vivirá largos años.

En cuanto oyó estas palabras, el señor miró a la masa de sacerdotes que le rodeaba y dijo:

—Veo aquí a tantos varones santos, que si cualquiera de ellos me cuida, estaré sano...

Y sonrió ligeramente.

—Todos nosotros somos sólo hombres —dijo el santo Beroes — y nuestras almas no siempre se pueden alzar hasta los pies del Eterno. Pero daré a vuestra santidad un remedio fiable para encontrar al hombre que ora sincera y eficazmente.

—Bien, encuéntralo para que se haga mi amigo en la última hora de mi vida.

Tras la respuesta favorable del señor, el caldeo exigió una habitación donde no se hubiera alojado nadie y que tuviese sólo una puerta. Y en el mismo día, una hora antes de la puesta del Sol, ordenó que llevaran allí a su santidad.

En la hora destinada cuatro altos sacerdotes vistieron al Faraón con una bata nueva de lino, le dijeron una

gran oración que ciertamente le liberó de las malas fuerzas y tras sentarlo en una silla sencilla de cedro llevaron al señor a la habitación vacía donde había sólo una mesa pequeña.

Allí estaba Beroes y vuelto al oriente rezó.

Cuando los sacerdotes salieron, el caldeo cerró la pesada puerta de la habitación, su puso sobre los hombros una bufanda púrpura, y sobre la mesa ante el Faraón puso un globo negro de vidrio. En la mano izquierda empuñaba un afilado puñal de acero babilonio, en la derecha un bastón cubierto de signos misteriosos con el que dibujó en el aire un círculo a su alrededor, de sí mismo y del Faraón. Después, volviéndose hacia cada una de las cuatro partes del mundo, murmuró:

*Amorul, Taneha, Latisten,  
Rabur, Adonai... Tened  
piedad y purificadme, Padre  
celestial favorable y  
compasivo... Vierte sobre tu  
siervo miserable la santa  
bendición y extiende tu  
brazo todopoderoso contra  
los espíritus obstinados y  
rebeldes para que pueda  
considerar vuestras  
sagradas escrituras con  
tranquilidad.*

Se interrumpió y se volvió al Faraón:

—Mer-amen-Ramsés, Gran Sacerdote de Amón, ¿ves en el globo una brasa?

—Veo una brasa blanca que parece moverse, como abeja sobre flor...

—Mer-amen-Ramés, observa la brasa y no quites de ella los ojos... No mires ni a la derecha ni a la izquierda, a ningún lado no importa qué aparezca de ellos.

Y de nuevo murmuró:

*Baralanensis,  
Baldañiensis, por los  
príncipes poderosos Genio,  
Lahidae, ministros del reino  
infernial, os convoco por la  
fuerza de la más alta  
majestad que se ha vertido  
sobre mí, os pido por ley y  
ordena...*

En ese momento el Faraón tembló de horror.

—Mer-amen-Ramés, ¿qué ves? —preguntó el caldeo.

—De detrás del globo mira una cabeza terrible..., sus pelos amarillos como el fuego están de punta, su cara es verde..., las pupilas están vueltas hacia abajo, se ve sólo lo blanco de los ojos..., la boca está abierta de par en par, como si fuera a gritar.

—Eso es el Terror —dijo Beroes y giró sobre el globo la punta del puñal.

De pronto el Faraón se dobló hacia

la tierra.

—¡Suficiente! —gritó —¿por qué me atormentas así? El cuerpo cansado quiere reposar, el alma volar a la tierra de la luz eterna... Y tú no sólo no me permites morir, sino que incluso piensas nuevos tormentos... ¡Ah! No quiero.

—¿Qué ves?

—Del techo en todo momento bajan como dos pies de araña, terribles. Gruesos como palmeras, cubiertas de pelo, acabadas en gancho. Siento que sobre mi cabeza cuelga una araña enorme que teje a mi alrededor una red de enormes amarres de barco...

Beroes giró el puñal hacia arriba.

—Mer-amen-Ramsés —dijo —mira sin parar al fuego y no vuelvas los ojos hacia los lados.

*"He ahí el signo que levanto en tu presencia — murmuró. —Heme aquí poderosamente armado con la ayuda divina, previendo y sin temor, quién por derecho te invoca... Aye, Saraye, Aye, Saraye..., por el nombre del poderoso y eterno Dios..."*

En ese momento sobre el rostro del Faraón apareció una sonrisa tranquila.

—Me parece —dijo el señor —que

veo Egipto..., todo Egipto... Sí, es el Nilo, el desierto. Aquí Memphis, allí Tebas...

Efectivamente, veía Egipto, pero no más grande que el paseo del jardín de palacio. El cuadro extraño tenía no obstante la propiedad de que si el Faraón se fijaba en un punto, este se agrandaba casi hasta su tamaño natural.

El sol bajaba vertiendo sobre la tierra su luz de oro y púrpura. Los pájaros diurnos se preparaban para dormir, y los nocturnos se despertaban en los escondites. En el desierto bostezaban las hienas y los chacales, y el león somnoliento estiraba sus miembros poderosos, preparándose para perseguir a su presa.

El pescador del Nilo con presteza sacaba las redes, los grandes barcos de transporte atracaban. El cansado campesino quitaba de la grúa el balde por el que durante todo el día había sacado agua. En las ciudades se encendían las luces, en los templos los sacerdotes se reunían para las oraciones vesertinas. Sobre los caminos se posaba el polvo, y se callaba el chirrido de las ruedas de los vehículos. De lo alto de los mástiles sonaban voces quejumbrosas que llamaban al pueblo a la oración.

Tras un momento el Faraón notó

con asombro un grupo de pájaros de plata que pendían del aire sobre la tierra. Venían de los templos, palacios, fábricas, barcos, casas del campo, hasta de las minas. Al principio todos iban deprisa como flechas, pero pronto se reunieron bajo el cielo con otro pájaro de alas de plata que les cerraba el paso, les golpeaba con toda fuerza, y caían sin vida sobre la tierra.

Eso eran las oraciones humanas inoportunas que estorbaban al otro que se levantase hasta el trono del Eterno...

El Faraón escuchaba con atención. Al principio le llegaba sólo el murmullo de las alas, pero pronto ya pudo distinguir las palabras.

Y oyó a un enfermo que oraba por su curación, y a la vez al médico, que pedía que el paciente estuviera enfermo cuanto más tiempo mejor. El amo pedía a Amón que le guardase su grano y establo; el ladrón extendía las manos al cielo para que pudiese llevarse las vacas ajenas y llenar los sacos del grano ajeno. Sus oraciones se tocaban, como piedras lanzadas por un arma. Un emigrante en el desierto caía sobre la arena pidiendo el viento del norte, que le trajese una gota de agua; el marinero golpeaba la cubierta con la frente para que los vientos de oriente soplasen aún una semana más. El campesino quería que al punto se secasen los charcos después de la inundación; el pobre pescador exigía que los charcos no

se secasen nunca.

Sus oraciones se rompían entre sí y no llegaban a los divinos oídos de Amón.

El ruido más fuerte regía en las minas de piedra, donde los criminales encadenados hendían las piedras con cuñas empapadas de agua. Allí el grupo diurno de trabajadores suplicaba la noche para irse a dormir; los trabajadores del grupo nocturno, despertados por los guardias, se golpeaban el peso suplicando que nunca se fuese el sol. Allí los comerciantes que compraban las piedras cortadas y cuadradas pedían que en las minas hubiese el número mayor de criminales, y los proveedores de comida yacían sobre el vientre suspirando que una epidemia acabase con los trabajadores e hiciese posible que los proveedores tuviesen un beneficio más alto.

Las preces de los que estaban en las minas tampoco llegaban al cielo.

Sobre la frontera occidental el Faraón veía dos ejércitos preparándose para la batalla. ambos yacían sobre la arena suplicando a Amón que exterminase al enemigo. Los libios deseaban la vergüenza y muerte de los egipcios; los egipcios lanzaban maldiciones sobre los libios.

Las oraciones de unos y otro como dos halcones batallaban sobre la tierra y caían en el desierto. Amón no los notaba.

Y dondequiera que el Faraón volviese su cansada pupila, veía lo mismo. Los campesinos rezaban por

el reposo y disminución de los impuestos; los escribas, que crecieran los impuestos y que nunca se acabase el trabajo. Los sacerdotes pedían a Amón más larga vida para Ramsés XII y el exterminio de los fenicios, que les estorbaban las operaciones financieras; los jefes de distrito invocaban al dios para que conservase a los fenicios y cuanto antes permitiese subir al trono a Ramsés XIII, porque controlará el absolutismo de los sacerdotes. Los leones, chacales e hienas aullaban de hambre y deseo de sangre fresca; los ciervos, corzos y liebres con temor dejaban sus madrigueras soñando conservar su vida miserable aún otro día. La experiencia no obstante les decía que también esta noche deben perecer unas decenas para que no mueran los depredadores.

Y así en todo el mundo regía la discordia. Cada uno deseaba lo que llenaba al otro de temor; cada uno pedía su propia felicidad sin preguntarse si eso contrariaba al prójimo.

Por eso sus oraciones, aunque parecían pájaros de plata que volaban en el cielo, no llegan a su objetivo. Y el divino Amón, al que no se levantaba ninguna voz de la tierra, apoyando la mano en la rodilla, cada vez más profundizaba en la consideración de la propia divinidad y sobre la tierra cada vez más regía la fuerza ciega y el azar.

De pronto el Faraón oyó una voz de mujer.

—Pilluelo, canalla, vuelve a casa, ya es hora de rezar.

—¡Ya, ya!, —respondía la voz de un niño.

El monarca miró allí y vio la

miserable casa de adobe del escriba que guardaba a los brutos. El dueño, al brillo del sol poniente, escribía en su registro, su esposa machacaba con una piedra trigo para hacer una torta, y ante la casa, como si fuera un cabrito joven, corría y saltaba un niño de seis años, riéndose cualquiera sabe de qué.

Sin duda le embriagaba el aire vespertino oloroso.

—¡Pilluelo, ven ya a rezar! —repitió la mujer.

—¡Ya voy!

Y seguía corriendo y riendo como un loco.

Finalmente la madre, viendo que el sol comenzaba a sumergirse en las arenas del desierto, dejó a un lado la piedra y saliendo al patio cogió al niño danzante como a un caballo. Él se opuso, pero finalmente cedió a la fuerza mayor. La madre, tirando de él lo metió en la casa, lo sentó sobre el suelo y le tenía cogido de la mano para que no se fuera.

—No te muevas, —le dijo —cruza las pernas y siéntate derecho, cógete de las manos y levanta al cielo... ¡Ah, niño malo!

El niño sabía que no iba a evitar la oración, así que para volver a correr al patio pronto volvió piadosamente los ojos y las manos al cielo y con voz baja y llorosa rezó sin aliento:

—Te doy gracias, buen dios Amón, porque has guardado hoy a papá de sucesos desgraciados, y a mamá le diste trigo para las tortas... ¿Y qué más? Porque creaste el cielo y la tierra y enviaste el Nilo, que nos

trae pan. ¿Y qué más..? ¡Ah, ya sé! Te doy las gracias porque es tan bonito eso de ahí fuera, donde crecen las flores, cantan los pájaros y las palmeras, que dan dátiles dulces. Y por todo lo bueno que nos has dado, todos te amen como yo y te alaben mejor que yo, porque todavía soy pequeño y no me han enseñado la sabiduría. Ya está bien...

—¡Niño malo! —murmuró el escriba, inclinado sobre su registro. —Niño malo, honras a Amón con descuido.

Pero el Faraón en el globo milagroso veía otra cosa diferente. La oración del niño travieso, como una alondra se levantó hacia el cielo, y aleteando subía cada vez más, hasta el trono donde el eterno Amón, con las manos en las rodillas, estaba inmerso en la consideración de su omnipotencia.

Después se elevó aún más, hasta la cabeza del dios, y cantó para él con voz infantil:

—Y por todo lo bueno que nos has dado, todos te amen a ti como yo...

A esas palabras el dios inmerso en sí mismo abrió los ojos, y cayó de ellos sur el mundo un rayo de felicidad. De la tierra hasta el cielo reinó un silencio sin límites. Cada dolor, cada temor, cada injusticia, cesaron. La siseante flecha quedó colgando del aire, el león detuvo su salto hacia la cierva, el palo alzado no cayó sobre la espalda del

esclavo. El enfermo se olvidó del sufrimiento, el vagabundo en el desierto del hambre, el prisionero de las cadenas. Se aquietó el ventarrón y se detuvo la ola presta a hundir el barco. Y sobre toda la tierra rigió tanta tranquilidad, que el sol ya oculto tras el horizonte de nuevo levantó su cabeza radiante.

El Faraón recobró el conocimiento. Vio antes sí la mesita sobre la que el globo negro, y al lado al caldeo Beroes.

—Mer-amen-Ramsés —preguntó el pastor —¿encontraste al hombre cuya oración llega a los pies del Eterno?

—Sí —respondió el Faraón.

—¿Es un príncipe, un caballero, un profeta, o quizá un simple ermitaño?

—Es un niño pequeño, de seis años, que no pidió nada a Amón, sino que le dio las gracias por todo.

—¿Sabes dónde vive?

—Lo sé —respondió el Faraón — pero no quiero robar para mí el poder de sus oraciones. El mundo, Beroes, es un enorme remolino al que han arrojado a los hombres, como la arena, y les arroja la desgracia. Y el niño da a los hombres lo que ellos no pueden dar: un pequeño momento de olvido y tranquilidad. El olvido y la tranquilidad, ¿comprendes, caldeo?

Beroes guardó silencio.

**Continuará**



# Cuadernos del Sur

Boletín de la Asociación Española  
de Trabajadores Esperantistas



---

<http://www.gazetoteko.com/hale/ck100.pdf>

---

## ¡Esperanto en la Universidad a Distancia!

Según informa la página de HEF, La Universidad a Distancia ha creado un curso universitario para obtener el diploma A2. El curso costará €230 y el responsable es Manuel Pancorbo, de Madrid. También es posible hacer sólo el examen, por un precio bastante menor.

Aconsejo a los esperantistas apuntarse al curso, si pueden, o al menos hacer el examen. Finalmente tenemos reconocimiento oficial en nuestro país, desde los cursos que instruyó el doctor Régulo Pérez en la Universidad de La Laguna, Islas Canarias, hace 40 años, a los que tuve el honor de asistir.

Se hallará toda la información pertinente en:

<http://www.esperanto.es/hef/index.php>